

# La Botánica y la Medicina en la iconografía de Martínez Compañón

A. GOICOETXEA MARCAIDA  
M.<sup>a</sup> N. MARTÍNEZ SIGÜENZA

Dentro del grupo de navarros que durante el siglo XVIII van a tener una participación muy importante de la vida americana destaca, de forma singular, la figura del obispo de Trujillo don Baltasar Jaime Martínez de Compañón y Bujanda. Frente al resto de sus paisanos, todos ellos figuras más o menos relevantes en el mundo económico y financiero de ese período, Martínez Compañón, lo mismo que Juan Tafalla, se salen del patrón habitual del navarro triunfador en las grandes empresas comerciales del XVIII, dedicándose ambos a tareas nada productivas económicamente, pero que van a dejar una huella permanente en algunos aspectos de la cultura y de la ciencia del país en que trabajan, más duradera que las arriesgadas especulaciones financieras de los asentistas y grandes negociantes navarros de ese momento histórico.

La obra de Martínez Compañón, su visita a la diócesis de Trujillo, merece, como ha dicho uno de sus más tempranos comentaristas, «ser incorporada a la serie de grandes exploraciones coloniales que tan elocuentemente hablan del renacimiento científico español durante el siglo XVIII»<sup>1</sup>. El trabajo de Compañón, original por su hechura, no resulta un género de fácil catalogación y ha permanecido prácticamente desconocido hasta ahora para el gran público. Quizás sean las palabras del peruano Porras Barrenechea las más adecuadas, al llamarle «sabrosa historia cromática sobre la vida de Trujillo en el siglo XVIII», pues lo que predomina en ella es la variedad y riqueza de imágenes del mundo natural y de la sociedad que en él se desenvuelve, dentro de un espacio geográfico extenso, pero muy concreto a la vez, la diócesis de Trujillo al norte del Perú.

Sus más de mil cuatrocientos dibujos y acuarelas, contenidos en los nueve tomos de la obra, son un ejemplo elocuente del poder de la imagen como vehículo de transmisión de conocimientos científicos en relación con las ciencias naturales y la medicina, aun en ausencia de texto escrito, como ocurre en el caso que comentamos.

Don Baltasar Jaime, al igual que su madre María Martínez de Bujanda, había nacido en Cabredo (Navarra) en 1738, según Arbeiza, aunque Domínguez Bordona da la fecha de 1735. Su padre, Mateo Martínez de Compañón era natural de Angostina en la provincia de Álava. La familia Martínez Compañón tenía raíces antiguas en esta provincia, concretamente en el pueblo de Bernedo, donde aún se conserva el apellido Compañón.

Los primeros estudios los realizó en el convento de la Merced de Calatayud,

1. J. DOMÍNGUEZ BORDONA: *Trujillo del Perú a finales del siglo XVIII. Dibujos y acuarelas que mandó hacer el obispo Don Baltasar Jaime Martínez Compañón*; pág. 3; Madrid, 1936.

pasando luego a la Universidad de Huesca y más tarde a la de Oñate, en donde alcanzó una beca de jurista en su colegio de Sancti Spíritus y después el cargo de rector. En 1761 es ordenado sacerdote y algo más adelante, en 1763, obtiene la plaza de canónigo doctoral de Santo Domingo de la Calzada. Pasa luego a Salamanca en cuyo Colegio Mayor de San Bartolomé consigue una beca de capellán, graduándose en esa Universidad. En agosto de 1765 Compañón era canónigo doctoral de la catedral de Santander. Dos años después, en 1767, es presentado por Carlos III para la dignidad de chantre de la catedral de Lima, tomando posesión de este puesto en julio del año siguiente, coincidiendo con la llegada a Lima, en 1778, de la expedición botánica de Ruiz y Pavón.

Durante unos años se le ve en distintos puestos dentro de la jerarquía eclesiástica de la capital del virreinato del Perú, entre ellos el de rector del seminario de Santo Toribio y secretario del Concilio Limense de 1773. Como ocurre con otros muchos vascos que pertenecían a la administración del virreinato, Martínez Compañón fue miembro de la Bascongada y aparece en sus listas de socios desde 1777.

A la muerte de Don Cayetano Marcellano Agramunt, es nombrado en 1779 obispo de Trujillo, diócesis que rige hasta 1788 en que es designado arzobispo de Santa Fe de Bogotá, en el virreinato de Nueva Granada, aunque no tomó posesión hasta el 12 de marzo de 1791. Después de seis años de brillante gestión al frente de este arzobispado, durante los cuales conoce y se relaciona con el virrey Ezpeleta y con el naturalista Mutis, fallece Don Baltasar el 17 de agosto de 1797.

Antes, en sus años de estancia en el Perú, trató de colaborar con los virreyes Manuel de Guirior, Agustín de Jáuregui y Teodoro Croix, todos ellos de la Bascongada, aunque sus relaciones con el flamenco Croix no fueron muy cordiales. Sí las tuvo en cambio con el virrey Agustín de Jáuregui, hijo de Lecároz (Navarra), que al escribir su *Memoria* dice de la actuación del obispo Compañón: «Este ilustre prelado, durante el tiempo de su visita, se aplicó no sólo a lo más peculiar de pastoral ministerio, sino a establecer con solidez unas poblaciones útiles con escuelas públicas, para civilizar a aquellos miserables que apenas lograban una o dos veces al año la comunicación con las gentes»<sup>2</sup>. También gozó del aprecio del virrey Guirior que le propuso para obispo de Trujillo ante el ministro de Indias D. José Gálvez.

Martínez Compañón pertenece a ese grupo de eclesiásticos, tan frecuentes en el siglo XVIII, que sienten interés por la historia natural. El examen de la obra de este obispo navarro comprende aspectos muy variados de la geografía, la antropología, la botánica, el folklore y la medicina peruanas.

El conjunto de su obra lo constituyen nueve tomos de ciento cincuenta páginas de material gráfico cada uno, con pinturas coloreadas a la acuarela y dibujos que recogen escenas de la vida social, juegos, folklore local, vegetación, animales, mapas, cuadros estadísticos, planos de edificios, etc., todo ello sin texto alguno. La obra fue hallada por Luis de Ulloa en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid en el curso de las investigaciones sobre el cuarto Centenario de Trujillo<sup>3</sup>.

El problema de la falta de texto se suple con las «Descripciones geográficas de los partidos de Trujillo, Piura, Saña, Lambayeque y Cajamarca», publicadas en el *Mercurio Peruano*, entre los años 1793 y 1794, por su sobrino, el vizcaíno José Ignacio Lecuanda Escarzaga, contador de la aduana de Lima. Hay indicios para pensar que Lecuanda utilizó parte de los datos y materiales recopilados por su tío en un manuscrito, resumen de notas o borrador, que sería el expediente de la visita del obispo a su diócesis. El propio Lecuanda dice haber hecho uso «de las preciosas anotaciones del Ilmo. Sr. don Baltasar Jaime Martínez de Compañón», en la descripción de Trujillo<sup>4</sup>.

2. T. ARBEIZA: *Martínez Compañón, Obispo de Trujillo (Perú)*; pág. 26; Pamplona, 1976.

3. *Op. cit.*, pág. 24.

4. *Mercurio Peruano*, tomo II; pág. 130.

Sea como fuere, lo cierto es que la parte gráfica de la obra del obispo, coincide con la parte descriptiva del texto de su sobrino Lecuanda, complementándose muy bien para su correcta interpretación. Esta es la opinión de los historiadores peruanos Raúl Porras Barrenechea y Aurelio Miró Quesada. Para el primero de ellos, «Lecuanda debió ser el verdadero redactor de los apuntes, ya que el Obispo no dio muchas pruebas de habilidad literaria, aunque sí de su ardiente espíritu de pastor y de humanista, y su propio sobrino habla de que era un «sabio especulativo». Hay que considerar, pues, a Lecuanda que, en cambio, dio muestras de ser un sagaz hombre de estudio en sus colaboraciones del *Mercurio* y un costumbrista apreciable en sus apuntes sobre los vagos de Lima -como uno de los más eficaces colaboradores del Obispo y el encargado, precisamente, de la descripción o explicación literaria de los dibujos. Es posible que exista el expediente de la visita de Martínez Compañón y que en él se encuentren datos y apuntes coincidentes con los dibujos, pero ese documento tendrá necesariamente un carácter administrativo y eclesiástico, en tanto que el texto destinado a los dibujos y el que lo sigue fielmente parece ser el de Lecuanda. En consecuencia, deberán editarse los dibujos con los adecuados artículos del *Mercurio*»<sup>5</sup>.

Lecuanda escribió mucho y a veces también para otros. Lohmann nos dice que este escritor, en una relación de méritos y servicios presentada a Carlos IV, afirmaba ser el autor de «un cuadro de la Historia natural, civil y geográfica de Reyno de Perú», además de un mapa del virreinato<sup>6</sup>. Hoy se cree que Lecuanda, junto con Unanue, es el autor de la *Relación* del virrey Gil de Taboada, sobre todo la parte que hace referencia a datos agrícolas, población, costumbres, etc.

Además de todo esto conocemos, también, algunos de los cuestionarios que preparó el obispo Martínez Compañón para ser enviados a los sacerdotes de sus parroquias, en los que pide datos de los distintos aspectos de la vida de la comunidad. En 1776, a raíz de recibir la Real Cédula que instaba a las autoridades civiles y eclesiásticas a recoger toda clase de ejemplares curiosos de los tres reinos de la naturaleza para contribuir a la formación de un Gabinete de Historia Natural en Madrid, como deseaba Franco Dávila, el obispo escribía al monarca: «Tengo hechos algunos apuntamientos para formar una *Historia General de este Obispado*, a lo menos que puedan servir para ello. Pero esta obra, para ordenarla como yo deseo y la tengo delineada, pide más salud que lo que de un tiempo a esta parte disfruto, y menos ocupaciones y cuidados de los que es necesario traiga consigo un obispado que de Norte a Sur se extiende cuatrocientas setenta y cinco leguas de camino»<sup>7</sup>.

La visita del obispo a su diócesis de Trujillo comienza el 20 de junio de 1782 y termina, tres años después, el 8 de marzo de 1785. Casi tres años de viaje o expedición naturalista en todo el sentido de esta palabra, intentando conocer la riqueza cultural y científica de su diócesis que abarcaba siete departamentos del actual Perú: Amazonas, Cajamarca, Lambayeque, Libertad, Loreto, Piura y San Martín, en total 682.500 kilómetros cuadrados de un territorio en su mayor parte inexplorado, dada su difícil orografía y extensión.

Gran parte de la obra está consagrada a la historia natural de esas regiones, deteniéndose con particular atención en aspectos muy concretos de la botánica -como hierbas medicinales, plantas industriales y árboles maderables- y de la fauna, extendiéndose en la representación de peces, aves, reptiles y cuadrúpedos. Según Porras Barrenechea, «la obra del Obispo Compañón parece suscitada por el fervor naturalista despertado en el Perú por la expedición de Ruiz y Pavón, en 1778. Para juzgar el interés científico de la obra del Obispo Compañón habría que hacer una confrontación, por ejemplo, entre sus tomos de plantas y de hierbas y los de la famosa *Flora*

5. R. PORRAS BARRENECHEA: *El Comercio*; 14 de julio de 1948; Lima.

6. G. LOHMANN VILLENA: *Las relaciones de los virreyes del Perú*; pág. 177; Sevilla, 1959.

7. T. ARBEIZA: *Martínez Compañón, Obispo de Trujillo*; pág. 22; Pamplona, 1976.

*Peruviana y Chilense* de Ruiz y Pavón [...] deben existir muchas semejanzas entre ambas, habiendo seguramente ventaja en la reproducción científica de los ejemplares de Ruiz y Pavón»<sup>8</sup>.

Los volúmenes III, IV y V, están dedicados a la botánica. El III está consagrado a los árboles, arbustos, sufrútices y bejucos, algunos de ellos medicinales. En conjunto trae ciento sesenta y nueve reproducciones de cañafistola, cascarilla, estoraque, quinaquina, roble, sauco, etc., entre los árboles. Algodón, coca, palo de Brasil y otras, por el grupo de los arbustos. Berbena, hierba del clavo, hinojo, quina colorada, tabaco, etc., en el apartado de las sufrútices. Entre los bejucos aparecen la contrahierba, yungapara, pucasecha, zarzaparrilla y otras muchas.

El volumen IV contiene ciento ochenta y dos reproducciones, dividido en árboles frutales, árboles resinosos, maderas, palmas, hierbas frutales y flores. En él podemos encontrar cacao, café, quinás, quinillas, almendro, copal, caucho, nuez moscada, cinamomo y muchas más, la mayoría de ellas con nombre indígena, detrás del cual se esconde, a veces, una aplicación terapéutica.

Finalmente, en el volumen V, encontramos ciento treinta y ocho reproducciones de hierbas medicinales. Algunas resultan familiares a nuestros oídos como la achicoria, centaurea, culantrillo y grama. Otras, la mayoría, tienen nombres incaicos muy sonoros, de indudable valor en los estudios etnobotánicos de esa región.

Aparte de esta especie de atlas botánico que constituyen los volúmenes III, IV y V, Martínez Compañón tuvo que tener datos y referencias de primera mano sobre diversos aspectos de la botánica médica, obtenidos a partir de los cuestionarios que envió a los párrocos de la diócesis, destinados a su proyectada *Historia General de este Obispado*. El 2 de abril de 1782, antes de emprender la ya famosa visita, envió a las parroquias uno de estos cuestionarios con dieciocho preguntas, en los que preguntaba «cuales sean las enfermedades más comunes y sus causas, y las medicinas ordinarias de su curación, y la edad a que regularmente llegan sus moradores»<sup>9</sup>. También se interesaba por la calidad de los frutos cosechados, la posible existencia de hierbas medicinales y las propiedades atribuidas a cada una de ellas, además del modo de usar y de aplicarlas. Pedía también información sobre resinas y aromas, abundancia y calidad de las maderas, tipo y variedad de las aguas minerales, todo ello acompañado de su posible aplicación y formas de utilización.

En el tomo II nos muestra diversos aspectos de la vida del indio en relación con la enfermedad: leprosa bañándose, extracción de muelas, operación de sacar piques, indio sangrándose, mestizo picado de uta, etc.

Compañón llegó a realizar estudios sobre el valor agrícola de las tierras de la región de Chillaos que presentó al virrey Croix, exponiéndole su conveniencia para el cultivo del algodón, cacao y café<sup>10</sup>. A través de los cuadros estadísticos insertos en el primer volumen, sabemos de sus trabajos sobre el fomento de la siembra de cascarilla en Trujillo y Otuzco; cacao en Tongo, Balzas, Mojobamba, Santo Toribio, San Marcos y Magdalena; lino en Chocope y Saña; y plantación de árboles en Sechura. Su estancia en Perú coincide con la presencia en este virreinato de la expedición de Ruiz y Pavón. Estos botánicos le honraron dedicándole la especie *Martinezia granatensis*, palmera espinosa de la América tropical.

Cuando más tarde pasó al arzobispo de Bogotá, Compañón se relacionó con el naturalista Mutis y con otros miembros de la expedición botánica de Nueva Granada. La amistad con Mutis debió de ser muy estrecha, pues además de seguir la misma carrera eclesiástica y sentir interés por la historia natural, tenían muchos puntos de afinidad. Una prueba de ello es la presencia de Mutis como testigo en el testamento

8. R. PORRAS BARRENECHEA: *El Comercio*; 14 de julio de 1948.

9. T. ARBEIZA: *Martínez Compañón, Obispo de Trujillo*; pág. 12-13; Pamplona, 1976.

10. *Op. cit.*, pág. 26.

que dictó este arzobispo navarro, pocos días antes de morir, en el mes de agosto de 1797.

Dentro de la historia natural, el otro apartado interesante en la obra del obispo Don Baltasar Jaime es el dedicado a la fauna. En el volumen VI aparecen ciento cuatro pinturas de cuadrúpedos, reptiles e insectos, casi todos ellos propios del continente americano. El VII está dedicado a las aves y en total son ciento cincuenta y nueve las láminas que las representan. Lo más original de la fauna, dentro de la obra de Martínez Compañón, es el volumen VIII, consagrado a los peces. No es frecuente en la literatura científica española del siglo XVIII encontrar trabajos sobre ictiología. Cornide, que fue también miembro de la Bascongada, mostró interés por el tema y escribió una historia de peces y otras cosas, referidos a su tierra natal, Galicia, que regaló a la biblioteca de la Sociedad<sup>11</sup>.

Las ciento setenta y ocho pinturas del volumen VIII de Compañón comprenden cetáceos, peces escamosos, sin escamas, cartilaginosos y testáceos, de agua dulce y marinos, así como algunas artes de pesca.

Al margen del interés botánico que despierta hoy la obra de este obispo, en sus volúmenes hay muchos datos para el estudio de la vida y de la sociedad en el virreinato del Perú durante el siglo XVIII. El volumen II en particular, con sus doscientos cuatro dibujos, constituye un verdadero retablo donde se exponen las distintas actividades de la vida rural y sus técnicas artesanales de hilado, fabricación de quesos, elaboración de tejidos, utilización de tintes, cardado y lavado de las lanas, que en conjunto nos permiten valorar el estado de esa sociedad. Hay también escenas de caza y pesca, con sus diversas artes, pequeñas industrias de herrería, métodos de obtención de azogue y breas, y otras muchas actividades humanas que enriquecen esa valoración.

Una de las partes de mayor colorido y riqueza del segundo volumen es la serie de dibujos dedicados a la indumentaria de las distintas clases sociales y sus medios de transporte, mostrándonos algunas particularidades de la reglamentación social existente y sus ocupaciones. Esta información sobre vestuario aparece igualmente en el volumen I, si bien restringida a un sector de la población- más concreto, entre ellos estudiantes, seminaristas y eclesiásticos.

Dentro de la antropología cultural encierran singular valor el conjunto de dibujos referidos a los juegos y las danzas. Si como se ha dicho muchas veces, una imagen vale por mil palabras, la plasticidad con que están representados algunos de estos juegos, es más elocuente que la mejor de las descripciones. La pintura del juego de gallos y del juego de pelota con ganchos, por mencionar algunas de las muchas que pueden contemplarse, difícilmente puede superarse y resultan de un interés inestimable cuando se trata de reconstruir algunas formas de vida y de comportamiento social del XVIII. Otro tanto puede decirse de las imágenes relativas a las danzas, divididas en dos grupos, unas de clara influencia europea y otras con profundas raíces indígenas.

También desde el punto de vista de la antropología física y social resultan ilustrativas las estadísticas de Martínez Compañón sobre los pueblos de su diócesis, cuantificando la mayor o menor presencia de determinadas castas y razas, obtenidas a partir de sus cuestionarios, en los que pedía «que se anote la casta del bautizado, y, si es indio, parcialidad a la que pertenece»<sup>12</sup>. En el volumen II hay una serie de dibujos representando algunos de los distintos grupos humanos que constituían la población de su diócesis: cuarterón y mestizo, negro, mulato, sambo, cholo, alcalde indio de Valles e indio de sierra. Compañón muestra en sus cuestionarios interés por la paleontología, interesándose por la presencia de huesos gigantes, y por temas mitológicos como el de los gigantes.

11. *Extractos de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*; vol. IX; pág. 160; 1788.

12. T. ARBEIZA: *Martínez Compañón, Obispo de Trujillo*; pág. II; Pamplona, 1976.

El conjunto de dibujos a pluma y a la acuarela alcanzan el número de mil cuatrocientos once y, junto con los cuadros estadísticos y retratos, tocan temas tan diversos como la minería, los deportes, la música, la educación, la geografía y la arqueología, esta última muy bien representada en el tomo IX. Todo ello hace de este obispo navarro un modelo acabado de hombre ilustrado, cuyas aportaciones a campos tan diversos de las ciencias nos permite reconstruir hoy una parcela de la vida cotidiana en el colorido ambiente virreinal del siglo XVIII.

Don Baltasar Jaime debió de ser hombre de poca salud pero de fuerte voluntad. Su trabajo sólo se explica a través de una gran pasión por el país y las gentes que le tocó dirigir. Durante su dilatada estancia en el Perú cultivó la amistad con personas de toda condición, entre ellas algunas familias vascas residentes allí y fuertemente vinculadas al país, como la de los Querejazu Mollinedo, con raíces en Mondragón (Guipúzcoa) y Valmaseda (Vizcaya). En la carta de despedida que dirigió a su amigo Antonio Hermenegildo Querejazu, oidor decano de la Real Audiencia de Lima y miembro de la Bascongada, se expresan algunos de estos sentimientos: «No es decible cuánto siento dejar el Perú y los días más floridos de mi vida. Aunque éste (Trujillo) no fuese Lima, pero es como ahí suele decirse, un sapo suyo, con la proporción para mantener una correspondencia, y en un caso estrecho, saber en cuatro días o cinco lo que ahí pasa. Pero ya no tiene remedio y es simpleza mortificar y mortificarse por ello»<sup>13</sup>.

En diciembre de 1788, coincidiendo con su nombramiento para el arzobispado de Santa Fe, Compañón envió al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, por intermedio del virrey Teodoro Croix, una remesa de diversos objetos y materiales relacionados con la historia natural, el arte y la arqueología de Trujillo, suficientes para llenar por sí solos la sección de un museo. Entre estos materiales figuran, colecciones de diversos tipos de maderas y minerales, conchas de mar, insectos, cuadrúpedos y aves. En otro apartado encontramos aceites vegetales y resinas de aplicación medicinal, y una lista de más de doscientas hierbas medicinales con sus hojas y flores prensadas, todo ello acompañado de las indicaciones terapéuticas más usuales. También aparecen diversas variedades de corteza de quina, con sus lugares de recolección, así como frutos de diversas especies vegetales. La forma de preparar los materiales enviados, especificando detalles como lugar de recolección, usos y otras particularidades, hace pensar que Martínez Compañón había recibido, a través de su paisano el virrey Guirior, las instrucciones relativas al envío de semillas y plantas que con destino a los Jardines Botánicos habían sido redactadas por Gómez Ortega.

En la remesa de Compañón figuran, además, ropas y telas de Trujillo, instrumentos de agricultura, un gran número de piezas de artesanía en metal y barro, algunas de ellas recogidas en las sepulturas indígenas o huacas, y muchas otras cosas que harían las delicias del museo más exigente. Actualmente la mayor parte de estas piezas se encuentran repartidas en diversas instituciones, entre ellas el Museo de América y el Museo Etnológico Nacional.

Como conclusión, la obra de Martínez Compañón revela el valor de la iconografía, sin texto alguno, para conocer un aspecto de la historia natural del continente americano en el siglo XVIII.

13. *Op. cit.*, pág. 26.